

glo
CÁLITO QYUELA

LA

VUELTA AL CAMPO

—  —

BUENOS-AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI

60, Calle Alsina, 60

M DCCC LXXXI

g. y
CALISTO Y YUELA

LA

VUELTA AL CAMPO



BIBLIOTECA

NACIONAL



DONACION MELIAN LAFINUR

52.881

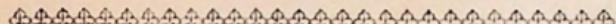
BUENOS-AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI

60, Calle Alsina, 60

M DCCC LXXXIII

81.476



LA VUELTA AL CAMPO

—152—

I

¡Héme otra vez en el risueño albergue
Donde las raudas horas
De mi niñez tranquila,
Bordadas de inocencia transcurrieron !
¡Cuánto sangriento y férvido combate
Reñido desde entonces
En lo íntimo del alma, ¡ay ! trocaron
En hondo hervor su virginal reposo !
¡Qué de afanes, congojas y dolores
La trama de mi vida
Con largo hilo de hierro entretejieron !
¡Qué de goces también, qué de sublimes
Afectos, encendidos

Al recio golpe de mundanos yunque!
Allí el amor, anhelo de hermosura,
Lanzó á mi corazón dardo suave,
É hizo que en él brotaran,
En vez de sangre, inmarcesibles flores.
El envió á iniciarme en sus misterios,
No á procaz Safo, ni á Diotima sabia,
Mas á cándida virgen, sin más ciencia
Que la de alzarme á la región celeste
Con la amorosa lumbre de sus ojos,
Y la abundante miel de sus palabras.

Allí, en largas vigilias, devorado
Del ansia de saber, vi derrumbarse
Del tiempo en los abismos,
En honda convulsión siglos é imperios;
Tremenda sobre el mundo
De Dios la eterna maldición sonando;
Y la dulce virtud pasar cual lampo
Entre terribles sombras.
Vi lanzar á la espada del guerrero
Sangriento resplandor, y oí el heroico
Clamor de la victoria, que los ecos
En profundo lamento devolvían.
¡Y cuál no fué mi gozo y mi embeleso
Al ver á algún mortal semi-divino
Seguir, bañada en luz la augusta frente,

La oculta y nemorosa
Senda por donde fueron
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Entonces vi también surgir del polvo
De las antiguas ruinas,
Siempre armónico y simple, siempre joven,
Radiante de hermosura, el mundo griego.
¡Encarnación vivísima y profunda
Del arte y la belleza;
Potente vibración, himno perenne,
Pueblo de héroes y dioses, yo te adoro!
Tú hiciste resonar entre mi alma
La majestuosa voz del grande Homero;
La rápida y suave
Armonía de Píndaro; el rugiente
Arranque de Demóstenes; el alto
Acento de Platón, noble y sereno.
Y amé lo que tú amabas,
Y viví de tu vida, y formé parte
De la heroica legión de los trescientos,
Y vi á Jerjes huir pálido y trémulo,
Y contemplé extasiado
Tus rudos juegos y graciosas danzas,
Y creí en tus bellísimas ficciones,
Y escuché á tus sofistas,
Y á Sócrates decir en el Liceo
Una nueva y sin par filosofía,

Y de sacro terror fui conturbado
Al visitar tu Partenón soberbio.
Mas cuando vi al tirano Macedonia
Acerarse ominoso á Queronea,
Quise encender la cólera terrible
De tus dioses, ¡oh Grecia!
Porque con dura mano
En polvo hundiesen su ambiciosa frente...
Mas, ¿dónde estaban, díme, dónde estaban?

Caiste destrozada,
Mas tu aliento inmortal vive é impera,
Y al extenderse en generosas ondas,
Engendra nueva vida en nuestras almas,
Vida feliz de luz y de armonía.
Yo también, encendido
Con una chispa de tu excelsa hoguera,
Adoré la belleza, en tí encarnada,
Y aun soñé alguna vez que hasta mi frente
En giros luminosos
La inspiración celeste descendía.
¡Horas de soledad, dulces coloquios
Con la Venus Urania!
Hoy al volver á esta mansión querida,
Y al contar con dolor los eslabones
Que de mi infancia por jamás me alejan,
Alzáis aún en mi ardorosa mente
Un deleitoso y plácido recuerdo.

II

Aun lo son más, empero, los que brotan
De esa edad infantil, cuya memoria
Guarda todo mortal, y á la que siempre
Torna en sus duelos con amor los ojos,
Como si viera en ella
De frescura y de paz fuente perenne.
¡Y cuántos surgen para mí, radiantes,
Al llevar otra vez mi incierto paso
Por entre estas sombrías arboledas,
Y estas móviles y sonantes cañas!
Aun veo aquí la inextinguible huella
Del tiempo aquel que en inocentes juegos
Y en dulce y blanda placidez corría.
¡Cuánto estrépito alegre, cuánto agudo
Grito infantil, de estos agrestes troncos
En torno resonó, cuando en fingidos
Raudos corceles, la ruidosa turba
En desorden triunfal los invadía!
Quién, echando pie á tierra,
Agil trepaba por las verdes ramas,
E iba á turbar gozoso
La dulce calma del caliente nido;
Quién en rauda carrera aventajando

A los demás, con grande clamoreo
Su glorioso triunfo enaltecía.
Y era de ver cuál la caterva, armada
De largas cañas y torcidos palos,
Con marcial ademán, obedeciendo
A la estentórea voz del más robusto,
Fiera marchaba en escuadrón cerrado.
¡Días hermosos, por jamás huidos!
¿Quién podrá ver sin indecible encanto
Los limpídos raudales
Que por el alma de la infancia ruedan?
¿Qué es lo que sabe de la horrenda lucha
Que la entraña del mundo
Día por día con furor sacude?
Nada. Tan sólo advierte
Que vive y goza, y que tras blando sueño
Por Dios mismo sobre ella derramado,
Naciendo el dia, tornará de nuevo
A gozar y á vivir. ¡Oh incomparable
Edad! ¡O dulce infancia! ¡Y tú nos dejas!
¡Y tú pasas también, no eres eterna!

Por la noche, reunidos
En torno de un inculto
Trabajador, oíamos pasmados
De sus labios brotar mil maravillas,
Largas leyendas, peregrinos cuentos,
Do en vértigo sin fin se confundían

Palacios encantados, portentosos
Jardines, centelleantes lagos de oro,
Lindos mancebos y terribles viejos.
¡Cuántas preguntas cándidas lanzadas
Por el atento corro,
El sabroso relato interrumpian !
¡Qué mortal ansiedad nos embargaba
Cuando un gigante de nervudos brazos
Lanzaba por los aires
A la amante infeliz del héroe invicto !
¡Qué férvida alegría al verlos luego
Gozar en paz de sempiterna dicha !
Jamás esas creaciones inmortales
Que del ingenio humano
Son timbre y esplendor, y que más tarde
Extático admiré, tan honda huella
Imprimieron en mí, cual los extraños
Y absurdos lances que en la infancia oia.

Mas de cuantos recuerdos
Aquí me asaltan por do quier, ninguno
Mayor dulzura á mis afectos brinda
Que el que es imagen del alegre bando
En que á encontrar volábamos el coche
Que nos traía á nuestro anciano padre.
¡Qué gozo al columbrarle; qué algazara
A su alredor formábamos; qué inquieto
Cada cual procuraba

Ser antes que los otros divisado !
Uno al angosto estribo,
Otro al pescante, intrépido saltaba ;
En tanto que un tercero, penetrando
En lo interior, en su tostada frente
El esperado beso recibía.
Padre ! hoy que ya exento
De vestido mortal, gozas la pura
Serenidad de las celestes auras,
Yo siento penetrarme
De íntima pena y de dulzura arcana,
Recordando la plácida sonrisa
Que todo tu semblante iluminaba,
Al contemplarte víctima dichosa
De nuestro alegre y cariñoso asalto !

III

Ya todo huyó. Mas al volver con ansia
A tu seno, inmortal Naturaleza,
Y al respirar tus juguetonas brisas,
Aun por instantes creo
Que aquellos días deliciosos vuelven.
¿Cómo no fuera así, si hoy te contemplo
Cual de niño te amé? Desde esta loma,
Risueña y ondulante
Miro extenderse la feraz llanura ;
En un declive, en desiguales grupos,
Punzantes ñapindás, rústicos talas ;
Al lado opuesto, algunos
Alamos solitarios, semejantes
A solemnes columnas
De antiguo monumento destruido,
Al cielo elevan sus soberbias copas ;
Por la suave hondonada
Blancas ovejas, bueyes y caballos
En ameno desorden esparcidos ;
Y allá, en lejana altura, medio oculto
Entre espesa arboleda, se divisa
Risueño y caprichoso caserío,
Do en lazo extraño alternan la europea

Choza del labrador y el rancho humilde,
Blanca humareda en espiral se eleva
Súbito de su seno: es la triunfante
Locomotora que silbando pasa,
Fiel simbolo del siglo, hirviente y rauda.
Ante estos panoramas
Que una apacible vaguedad envuelve,
Mi espíritu anhelante
Se mece en lo infinito, y confundido
Con la madre inmortal, en giro inmenso
Por la tierra y los cielos se difunde.

IV

¡ Madre naturaleza! ¡ Cuánto gozo
Siento al mirar el variado manto
Con que las horas al pasar te cubren !
Al nacer la mañana
Todo de amor en tí palpita inquieto ;
Y el breve y repetido
Gorjear de las aves ; los rumores
Que por tu seno tímidos circulan ;
Y el blanco velo que en tu frente ondea,
Anunciarnos parecen que en tu regio
Tálamo, ansiosa la venida aguardas
Del monarca del dia.
Rompe, por fin, magnífico, encendiendo
En rósea lumbre las cercanas nubes,
Y tú el primero y dulce
Beso al sentir de sus tendidos rayos,
De pudoroso tinte te coloras.
A mediodía, alzado
Al solio del cenit, toda te abrasa
En su candente fragua, y por tus venas
Savia de fuego rápida discurre.
Y al declinar en Occidente... ¡ oh triste
Hora crepuscular, triste y solemne !

Hora llena de unción, en que se agolpan
En tropel á la mente los recuerdos,
Y aun nos parece que en tangibles formas
En el pardo horizonte se dibujan,
Y con voz misteriosa
Nos hablan de los días que pasaron,
De otra luz, de otros mundos y otros cielos.
Semejas ¡oh Natura !
La imagen de la eterna despedida,
Cual si al hundirse el sol entre arreboles
No ya á ceñirte de esplendor volviera.

¡ Oh Noche ! ¡ Almo sosiego ! ¡ Cuánto adoro
Tu silencio elocuente !
Sólo se escucha el grito
Tenaz del grillo, entre la hierba oculto ;
El mugir de algún toro ; el vigilante
Alerta del mastín ; y en altas horas,
Allá lejos, el áspero chirrío
De larga hilera de pesados carros,
Que el viento trae unido al quejumbroso
Melancólico són de los cencerros.
No turban tu sosiego estos rumores
¡ Oh Noche ! antes le tornan
Más intimo y solemne. En él yo escucho
Mil secretos acentos
Que en esfuvios suavísimos despides ;
Y al levantar los ojos

A la bóveda inmensa y estrellada,
No el grito puedo reprimir, ferviente,
Que desde el fondo de mi alma brota:
¡Aquí de Dios, exclamo,
Está en letras de luz el nombre escrito,
Aquí en la muda inmensidad impera!

Todo, Natura, en tí resurge á vida
Vestido de hermosura ;
Y al tibio beso de las blandas auras,
La creación, de tu incansable seno
Revienta y se desata
En copioso raudal. Mas no por ello
Perturbas tu sencilla
Solemnidad, tu majestuosa calma.
¡Y he de dejarte por correr á hundirme
Allá donde los hombres
Fabrican sus pestíferas ciudades ;
Donde á vil precio la amistad se alquila ;
Donde los odios que en el alma hierven
Falsa é infame la sonrisa oculta !
Do en los hondos arcanos
Del corazón, con timidez cobarde,
Los más tiernos afectos
Es fuerza encadenar, para arrancarlos
Al necio escarnio, á la insultante mofa !
Sea ! empero, no en balde
Me habré bañado en tus serenas ondas,

Y en tus puros aromas: daránme ellos
Para entrar al combate fuerzas nuevas...
Mas ¡ay! quién en tus brazos
Reposar sin cuidados me otorgara!

Llamas de Zamora, Febrero de 1883.

